

MIS PERROS TAMBIÉN TE LLORAN



OSCAR ESTRADA

*Mis perros
también te lloran*

Oscar Estrada

© Oscar Estrada, 2011

www.oscarblues.blogspot.com
www.oscarestrada.weebly.com
www.facebook.com/oscarestradalr
www.twitter.com/oscarestradasb
www.instagram.com/oscarestradasb

Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2011

Queda rigurosamente prohibida,
sin autorización escrita del autor,
bajo las sanciones establecidas por las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía, el tratamiento informático,
así como la distribución de ejemplares de la misma
mediante alquiler o préstamo públicos.

Ciudad de Guatemala, Guatemala C.A.

Para Sarvelia, Hugo y Santiago

Para Katherine

Mis perros también te lloran

«Hoy,
una flor nació ante mis ojos
enterneciendo mi corazón.
Los ríos crecen,
el mar susurra dolor y vejez,
el cielo se vuelve espacio
para las aves que buscan su hogar;
de todo pasa
pero tu corazón no está conmigo.
Mis pies adoloridos de tanto buscarte,
de tanto perseguir
tus huellas en la nieve
de mi triste y azul destino,
pero aun así no te encuentro,
sólo te sueño.
Me duele el centro del alma
por haberte perdido.
La lluvia bañó aquella flor
con sus lágrimas fingidas,
los volcanes estallan de furia...
Mis perros también te lloran;
y una mariposa vuela perdida
en medio de la ciudad capital.
Los ríos son mis lágrimas
que alimentan el mar,
de todo pasa
pero tu corazón no está conmigo.
¡Quiero despertar!»

La noche inspiraba a la nostalgia un poco más que de costumbre. Eran más de las nueve y no había tanta gente en la calle, solamente una pareja de novios intentando sincronizar sus pasos, tomados de la mano y sonriendo, el vecino que salía a correr todas las noches y un par de perros mestizos sin dueño merodeando en busca de algo para comer. Todo lo que Edgar deseaba en ese momento era llegar a la banca del parque, ese lugar que había sido escenario de sus mejores soliloquios, compañero de soledades durante muchos años.

Encontró aquel lugar a la edad de doce años, la primera vez que se enamoró. Lo hizo de una niña un año menor que él, la cual vio por primera vez una de esas tardes mientras él manejaba su bicicleta. Katherine era el nombre de aquella niña de cabello castaño, ojos claros y una luz en el rostro que Edgar no había notado antes en ninguna otra persona. Sin pensarlo tanto se enamoró de ella completamente, pero jamás se atrevió a hablarle; en aquel entonces era demasiado tímido. Le fue posible conocer y hacerse amigo de su familia cercana, tíos, primas, hermanos, la mamá, la abuela, pero no se atrevió a hablar con ella. Kathy, como la llamaban todos, era absolutamente deslumbrante para él. Ella se convirtió en su vida y en su mundo, y a pesar de que, después de un tiempo, le envió un par de cartas de esas de amor y una grabación con canciones que lo hacían pensar en ella, no hablaron sino hasta después de dos años, al encontrarse una mañana muy temprano cuando ambos se dirigían hacia el colegio. Ella fue quien habló primero.

—Es la primera vez que te veo a esta hora —dijo, buscando conversación.

Él únicamente contestó lo que pudo: —Sí —y volvió la mirada hacia el camino; y es que casi pierde la razón en ese momento.

El bus que recogía a Kathy llegó unos segundos después. Ambos pronunciaron un leve adiós que traería de vuelta la inmensa soledad de no estar con ella a la vida de Edgar, aun cuando aquel breve episodio habría de convertirse para él en un rayo de luz atravesando el cielo de cualquier día gris a partir de ese momento.

Aquella fue la única conversación directa que tuvieron. Sin embargo, pensó en ella todo el día; después pensó en ella toda la semana y el mes siguiente. Hasta que se enteró de que Kathy se había mudado a otro lugar, en la misma ciudad, pero lejos y ya no la vería más en la casa de su tío Alexander y de su abuela Ana. Se le vino el mundo encima; pensó que la vida era injusta. Entró a casa esa noche sin saludar a nadie, sólo se encerró en su habitación, puso la música que le recordaba a ella y lloró... lloró hasta quedarse dormido.

Pasaron los años y el recuerdo de su primer amor lo acompañó siempre, incluso esa noche en que por fin llegó a la banca del parque, ese lugar que había sido escenario de sus mejores soliloquios, compañero de soledades durante muchos años.

«El amor es autodestrucción», pensó Edgar, estando allí sentado viendo a la gente pasar. Esa calle siempre había sido la misma, pero por alguna razón en ese momento tenía otros colores, otras personas, otras historias. Aquel lugar no era más que una banca de cemento simple y sin adornos, bajo un árbol del cual brotaban flores color naranja y toques de color amarillo. Al fondo, un parque con juegos para los niños y un par de quioscos para los enamorados. Lo que más resaltaba de todo el lugar era una ceiba enorme que había estado allí desde que él tenía memoria.

«Pareciera que no hay paz para el que ama sin egoísmo», añadió a sus pensamientos. Se acostó sobre la banca de cemento y se estiró completamente, los brazos sobre su abdomen y las ideas ahora

acumuladas en la parte trasera de su cabeza. A pesar de que era el mes de julio y en Ciudad de Guatemala suele estar lluvioso en esa época, aquella noche estaba despejada, sin una sola nube; al parecer el cielo quería compartir con Edgar su espectáculo completo, sin telones de por medio, estando solamente él de público y el cielo dando lo mejor de sí, compartiendo de su belleza infinita.

Allí, justo allí y en ese instante fue que llegó a la conclusión de que el amor era autodestrucción, porque sabiendo que duele, aun así, se deja que sus pájaros encantados hagan nido en el corazón, y sin notarlo llegan los buitres del miedo, la duda y el orgullo, robando todo lo bueno que pudo haber existido. El calor no es suficiente, el fuego no basta con arder, hace falta leña o combustible para darle continuidad al hogar y así mantener el clima adecuado.

«El orgullo también es autodestrucción», agregó Edgar en su mente. La verdadera tristeza llegaba acompañada de paz. Había experimentado que al entristecer también sentía una furia extrema, como de querer explotar, de querer dejar de existir. Sin embargo, pensándolo bien, solamente cuando la tristeza era genuina traía consigo una paz paralela. Era como un fuerte golpe que trae consigo alguna especie de antídoto para sanar la herida. Sólo después del ruido se aprecia mejor el silencio.

«La soledad es autodestrucción total», concluyó Edgar. Por eso, estando allí acostado sobre la banca, pensó en ella y también en Kathy. Se lamentó por esas veces en las que había decidido abrir ese tonto músculo adentro de su pecho: su corazón. Sin embargo, por alguna razón seguía creyendo que el amor no era una debilidad, sino algo que existía dentro de todas las personas, el cual permanecía dormido la mayor parte del tiempo, hasta que algo, o en especial alguien, llegaba a despertarlo y sólo entonces se empezaba verdaderamente a vivir.

Siendo así, llegaba entonces fácilmente a la conclusión de que el amor en sí no se encontraba, el amor estaba rodeando todas las cosas; lo difícil era encontrar a aquellas personas que estuviesen dispuestas a creer en ese sentimiento y ser quienes realmente debían ser, es decir, seres creados por amor para producir más amor. El problema era que

mientras Edgar estaba allí acostado sobre la banca, cada vez se daba cuenta más y más de que su ser se estaba quedando vacío, como perdiendo la fe en ese sentimiento del cual estaba meditando; y todos saben que un vaso vacío no sirve de mucho en tiempos de sed. Lo ideal sería que en lugar de pensar que cada vez que el vaso está lleno, siempre llega alguien para vaciarlo de nuevo, sería mejor pensar que cada vez que el vaso está vacío, queda listo para que alguien llegue a llenarlo otra vez. Mejor ser positivos.

Sin embargo, como ya se dijo, aquella noche no era de sonrisas, sino de dolor. Una angustia lo dominaba al grado de querer ceder al viento y evaporarse en el olvido. Cerró los ojos fuertemente y sus manos los apretaron como queriendo exprimir lo que inevitablemente estaba saliendo. Aquello eran lágrimas, tibias y saladas lágrimas, que escurrían su alma entera sobre la banca de cemento sencilla y sin más adornos que las flores de aquel árbol, las cuales caían moribundas para besar por primera y última vez al suelo. Una enorme llama dentro de su pecho le consumía a fuego lento su interior, y no sabía cómo exactamente describirlo, todo lo que sabía con certeza era que lo único que tenía el poder para extinguir aquel fuego invisible eran las lágrimas que brotaban inevitablemente, y eso explicaba lo tibio de las mismas; lo salado quizá sólo fuese el condimento añadido por un corazón dolido y hecho pedazos. Ese enorme vacío dentro de él desgarraba toda esperanza, toda alegría. No importaba nada, nada de lo que hiciera cambiaría aquel sentimiento en ese momento.

El vacío dentro de Edgar quedó confirmado una vez más. Qué triste su caso, su mundo inmediato muriendo de sed y él no era más que un simple vaso vacío que no servía de nada en ese momento. La mala costumbre de las personas de ausentarse cuando más se las necesita en algún lugar, en algún pensamiento... en algún corazón.

Todo empezó cuando la conoció unos meses atrás. Su nombre era Delilah, escrito de esa manera debido a la fuerte fijación de su madre por los nombres extranjeros, pero pronunciado *Dilaila*. Era un lunes 10 de noviembre alrededor de las cinco de la tarde, una hora perfecta para conocer a alguien que dejará una huella indeleble en la vida de otra persona. Ambos habían llegado al centro comercial por razones distintas, aunque en un momento preciso de aquella tarde sus caminos habrían de encontrarse por suerte o destino de los dos. Ella se había reunido con una amiga unas horas antes para tomar un café y ponerse al día después de un par de meses de horarios cruzados, intentos fallidos y demás inconvenientes para verse. Él, por su parte, iba de regreso después de visitar a un amigo, cuando recordó que se le había terminado el incienso de menta verde, el cual encendía cada noche al llegar a casa, por lo que decidió pasar rápidamente a comprarlo.

Entró a la tienda, cruzó el pasillo de libros esotéricos los cuales nunca llamaron su atención, llegó a la sección de velas aromáticas e inciensos y encontró sin problemas el que estaba buscando. Al darse la vuelta para dirigirse a caja, se topó con una joven mujer que observaba con molestia el casi interminable estante de inciensos, susurrando algún tipo de queja para sí misma. Intercambiaron miradas, él le sonrió y ella volvió la mirada hacia el estante.

Edgar llegó a la caja, hizo el pago correspondiente y antes de salir, permaneció unos minutos cerca de la puerta observando los almanaques

del siguiente año, que ya se encontraban a la venta, mientras destapaba el paquete de incienso. De pronto, escuchó una voz femenina, muy suave y dulce, que se dirigía a él desde su lado izquierdo.

— ¡Menta verde! Estuve más de quince minutos buscándolo en ese gran estante y no pude encontrarlo —dijo, con una expresión de mitad asombro y mitad alegría en su rostro.

Edgar reconoció a la joven mujer que había visto unos minutos antes adentro de la tienda, soltó el almanaque que estaba a punto de sacar del mostrador y pensó su respuesta.

—Si quieres, te puedo mostrar dónde están.

—Gracias. Compré este que es de chocolate naranja, también me gusta, pero prefiero el de menta. ¿Hacemos cambio?

Él pensó que, de cualquier manera, podría regresar después para reponerlo. —Bueno, está bien. Y de paso intercambiamos nombres ya que estamos en todo esto de los trueques. Mucho gusto, me llamo Edgar —le dijo, mientras le extendía la mano. Ya no era tan tímido como cuando era adolescente.

—Claro, un gusto, soy Delilah —dijo sonriendo, mientras estrechaba su mano.

Llevaron a cabo el cambio que habían acordado y salieron juntos hacia el pasillo del centro comercial. Por alguna extraña razón, ninguno de los dos tenía deseos de despedirse; por el contrario, sentían curiosidad por conocer más el uno acerca del otro, saber el porqué de los inciensos y la razón de que ambos frecuentaran la misma tienda. Tal vez podrían llegar a ser buenos amigos y probablemente tendrían muchas cosas de qué hablar; sin embargo, ninguno de los dos exteriorizó sus pensamientos en ese momento, sólo se limitaron a pararse frente a la vitrina que estaba del otro lado del pasillo para observar en silencio lo que estaba detrás del vidrio, aun cuando ni siquiera estaban prestando atención a los objetos a su alrededor. En ese instante, sin que lo hubiesen planeado o tan siquiera imaginado, la vida entera se había vuelto

dispersa, los sonidos cotidianos eran a lo lejos una sonata que se tocaba por primera vez y la atmósfera se había reducido a un pequeño espacio el cual ocupaban los dos, invadido por una sutil mezcla de aromas entre menta verde, naranja y chocolate. Nada habría de ser igual después de aquel encuentro.

Delilah era todo lo que él pudo haber soñado alguna vez. Su tez clara atraía inevitablemente y su cabello, que era castaño oscuro, le descendía suelto delicadamente sobre los hombros y espalda; sus labios eran color rosa al natural, con la peculiaridad de que el labio inferior era un poco más grueso que el superior, el cual hacía volar la imaginación con tantas maneras para besarla; su sonrisa era suave pero contagiosa, con un toque de mujer y de niña a la vez, y sus manos con uñas cortas eran simplemente perfectas. Delilah era de estatura media, constitución delgada y mirada brillante; una mujer entre tantas, pero a punto de convertirse en la única para Edgar.

Por fin quedaron frente a frente y el mundo regresó a su caos habitual. Delilah sacó su teléfono, vio la hora y lo puso otra vez en su bolsillo; Edgar, temiendo que ella dijera que tenía que irse, decidió aventurarse a lo desconocido.

—Son casi las seis, ¿qué dices si tomamos algo y platicamos un poco? Si no se te hace tarde, claro está. Después te paso dejando, si quieres.

—No es necesario, vivo cerca de aquí, pero gracias. Y sí, puedo quedarme un poco más. Era lo que tenía pensado hacer después de comprar el incienso, de cualquier manera —dijo ella, mientras se acomodaba el cabello hacia atrás de su oreja derecha, deslizando sus dedos con delicadeza hasta llegar a las puntas.

Edgar sonrió. Entonces caminaron por los pasillos del centro comercial, conociéndose de a poco con una conversación que se sentía de lo más natural, sin prisa y sin tantos detalles porque ambos sentían que todo aquello ya lo habían platicado alguna vez hacía mucho tiempo atrás. No hubo inconvenientes para ninguno de los dos en mostrarse tal y como eran, tan compatibles como el azúcar y el café que pidieron para

luego sentarse y así seguir conversando. Todo era como si cada uno hubiese estado de pie a la orilla de un lago en completa quietud, hallando su propio reflejo en el agua diáfana, la cual pretendía mostrar la importancia de que cada quien encontrara a su álter ego por lo menos una vez en la vida.

Transcurrieron aproximadamente dos horas, tiempo durante el cual hablaron acerca de sus vidas, de sus gustos y demás temas básicos para darse a conocer; así supieron que ella tenía diecinueve años y él, veintiuno. Rieron una y otra vez compartiendo anécdotas triviales de cosas del pasado; cualquier cosa que decían parecía de lo más interesante del mundo para ellos. Entre tantas cosas, se enteraron de que ambos habían escuchado hablar acerca de un lugar en las afueras de Antigua Guatemala, donde se encontraba un enorme árbol que por generaciones había sido llamado *el árbol de los enamorados*, por ser lugar de encuentro para las parejas de novios. Sin embargo, ni ella ni él habían estado allí. Después de un breve silencio, optaron por cambiar el tema.

Cuando notaron que la cantidad de gente adentro del centro comercial empezaba a mermar, se levantaron de la mesa y caminaron hacia la salida. Afuera esperaba el frío típico de noviembre, en una noche que se suponía debía ser como cualquier otra, pero que inesperadamente se había tornado en una muy especial. Edgar encontró en esto la excusa que estaba buscando para pedirle a Delilah que le permitiera volver a reunirse con ella pronto. Tomó su chaqueta y le cubrió la espalda.

—Llévatela, y si quieres puedes guardar mi número de teléfono, así cuando vayas a estar otro día por aquí, me llamas y nos ponemos de acuerdo —le dijo, tratando de disimular su verdadera intención.

Nunca dijo que quería su chaqueta de vuelta, lo que quería realmente era que le devolviera lo más pronto posible aquella atmósfera reducida a un pequeño espacio el cual habían ocupado los dos esa noche.

Como toda mujer, Delilah ya estaba un paso más adelante que Edgar y sabía de su verdadera intención desde el momento en que le cubrió la espalda, por lo que también disimuló para aparentar ingenuidad.

—Qué amable, muchas gracias. Yo te llamo entonces y vemos cuándo podemos reunirnos otra vez. Guarda tú también el mío; empezamos saludándonos con un trueque y nos despediremos con otro para no perder la costumbre —dijo, sonriendo, mientras sacaba su teléfono.

«¡Funcionó!», pensó Edgar. La verdad era que había funcionado porque Delilah así lo quiso.

Intercambiaron números telefónicos, luego ella metió las manos adentro de los bolsillos de la chaqueta, encontró las llaves de él en uno de ellos, se las entregó, rieron juntos otra vez y se despidieron. Cada uno tomó su camino en dirección contraria y después de algunos pasos, Edgar volvió la mirada por un segundo para verla partir; lo que nunca supo fue que justo en ese instante Delilah empezaba a sonreír a la vez que sentía sus manos tornarse frías adentro de los bolsillos, sin que el clima tuviera algo que ver con ello.

Delilah era de espíritu libre y disfrutaba mucho de la agradable compañía de la soledad, su familia y amigos más cercanos lo sabían, por lo que le daban el espacio necesario. Eso no significaba que estuviera todo el tiempo sola, porque tenía lo que ella consideraba la cantidad justa de personas a su alrededor para vivir en paz y feliz. Cuando debía estar presente en alguna reunión social, asistía con gusto, siempre encajaba muy bien y participaba en cualquier conversación que surgiera; sin embargo, se sentía más cómoda al abordar una plática con una sola persona, en lugar de muchas a la vez. Cuando todo terminaba, le alegraba el hecho de pensar que volvería a la calma de su soledad, acompañada únicamente de sus pensamientos y de su propia libertad.

Se podía decir que siempre había tenido un cierto halo de pureza, nunca tuvo problemas de ninguna clase y emanaba de ella una inocencia inexorable que hacía que las personas no tuvieran ni una mínima intención de causarle daño. Era transparente, desde su primer día de existencia hasta la inesperada noche en la que habría de partir.

Entre tantas otras cosas, disfrutaba de las caminatas nocturnas por las calles circunvecinas a su casa; lo hacía todo el tiempo. Por esa razón no había sido problema quedarse hasta tarde en el centro comercial la noche en que conoció a Edgar. Durante el corto recorrido de regreso, pensó en todo lo que acababa de experimentar, como el sudor en sus manos cuando estaba con él, o la necesidad de dejarse caer el cabello sobre el rostro para cubrirse la sonrisa que le provocaba el nerviosismo,

así como también ese frío en sus manos que llevó consigo hasta la puerta de su casa.

A sus diecinueve años de edad aún no había experimentado tan grande el amor. Sólo se había sentido enamorada una vez en su vida tres años atrás, cuando su vecino de la casa de al lado por fin mostró interés en ella. Pasaban tardes enteras sentados afuera de su casa hablando de cualquier cosa, de su música preferida, de los amigos y supuestos enemigos del colegio, del color favorito de ambos, el cual casualmente era el azul, aunque en realidad él no tenía preferencia alguna por un color específico; se pintaban corazones en la suela de los zapatos y fechas que en aquel momento eran significativas para los dos. Y así, conforme el tiempo, las miradas fijas a los ojos se hicieron cada vez más prolongadas, luchando contra la vigilancia sigilosa de la madre de Delilah, hasta que en una de tantas veces se dieron un beso en los labios. A ninguno de los dos le importó quién había dado el primer paso, todo fue tan lento que en un segundo se condensó la existencia, el tiempo se detuvo y aquel dulce beso fue suficiente para ocasionarles un par de segundos de arritmia en sus corazones. Hasta que un día, después de un par de meses del primer beso a escondidas, él se marchó. Era un extranjero viviendo temporalmente en el país y junto con su familia regresaron al lejano lugar de donde provenían. Ella y él nunca volvieron a encontrarse.

En cuanto a Edgar, luego de despedirse de Delilah esa noche y verla partir, caminó hacia el estacionamiento y al entrar en su vehículo permaneció inmóvil frente al volante por unos minutos. Encontró en su mente los recuerdos de las horas anteriores, pensando en que la última vez que había estado sentado allí todo era tan distinto. Había ido a ese lugar por un poco de incienso y regresaba con mucho más que eso. Condujo hasta su casa y pensó en ella el tiempo que duró el recorrido, en lo bien que lo había hecho sentir, en su tono de voz y en el movimiento de sus manos al hablar. Mientras se preparaba para dormir, se preguntaba una y otra vez cuándo volvería a estar con ella; deseaba con todas sus fuerzas que fuera pronto. Por primera vez en mucho tiempo, se quedó dormido mientras le sonreía al techo, el cual

milagrosamente reproducía escena por escena los eventos inesperados de aquella noche de su ahora maravilloso lunes 10 de noviembre.

Al día siguiente, sus vidas amanecieron entrelazadas sin que se dieran cuenta. Cuando despertó, ella encontró un mensaje de él en su teléfono dándole los buenos días y le contestó de la misma forma en el instante en que lo leyó. A partir de ese momento iniciaron una conversación a distancia que se prolongó durante todo el día; se compartían lo que pensaban, lo que estaban haciendo, reían solos mirando la pantalla de sus teléfonos, sin importarles si las personas a su alrededor los tachaban de locos porque simplemente el mundo desaparecía cada vez que se leían mutuamente. Esa noche él la llamó y hablaron como si tuvieran tanto qué contarse después de mucho tiempo. Lo mismo ocurrió el miércoles, con la sola diferencia de que esa mañana él fue quien encontró un mensaje de ella en su teléfono, dándole los buenos días y un «*despierta, dormilón, ya es tarde*», seguido de una carita feliz.

El jueves ya eran los mejores amigos, de esos que no pueden estar sin hablarse, pero había algo diferente en sus palabras: flirteo. Cuando hablaron por teléfono esa noche, luego de aproximadamente media hora de conversación, ella dejó escapar de su boca lo que se suponía debía retener en sus pensamientos, pero fue inevitable.

— ¿Qué hiciste para que quiera saber de ti todo el tiempo?

—Nada, sentir lo mismo que tú, tal vez —contestó él, presionando más fuerte el teléfono contra su oído para prestar absoluta atención.

—Eso me parece muy bien, no estoy sola en esto entonces.

—No. Tú ahora estás conmigo a donde quiera que yo vaya; eres lo primero en lo que pienso al despertar y lo último antes de dormir; para ser honesto contigo, extraño mucho que estés cerca de mí, a mi lado izquierdo como cuando te conocí, me hace falta verte a los ojos y lo que somos cuando estamos juntos. En dos palabras, nos extraño.

El canal de comunicación se llenó de un silencio total. Ambos permanecieron inertes por unos segundos. Delilah sintió que se le encogía el corazón; Edgar cerró sus ojos y encontró tatuado el rostro de ella en la parte interna de sus párpados.

—Yo también nos extraño —contestó ella, sabiendo que de manera voluntaria estaba cruzando algún tipo de límite sin retorno.

Esa respuesta hizo que Edgar sintiera una calidez sobrenatural, la cual lo abrigó por completo hasta que sus pulmones se expandieron hasta donde fue posible, para luego exhalar el aire lentamente y recobrar el habla.

—Delilah, ya no quiero otro día sin ti. Veámonos mañana, por favor.

Ella aceptó sin dudarle y quedaron de verse al día siguiente a las cinco de la tarde, en el mismo lugar donde se conocieron. Después de finalizada la llamada, ambos se sintieron felices por la manera en que las cosas habían tomado el lugar que les correspondía; algo les decía que estaba más que previsto todo cuanto habría de pasar al encontrarse frente a frente nuevamente. Y es que con todos los mensajes, conversaciones y llamadas de esa semana, ella y él habían llegado a comprender que la vida era eso que se sueña mientras se está despierto.

Ese viernes, antes de su segundo encuentro, todo pasó tan lento. Edgar y Delilah se despertaron temprano debido a la emoción y el nervio, y los ahora acostumbrados mensajes de buenos días llegaron a tiempo para apaciguar un poco las ansias. Las horas que normalmente pasaban desapercibidas ahora tenían un matiz elástico que los impacientaba cada vez más.

Por fin dieron las cuatro de la tarde y Edgar condujo hacia el centro comercial. Estando allí, se dispuso a buscar un lugar donde pudiera comprar rosas, hasta que encontró un pequeño local de arreglos florales. Pidió que le arreglaran once rosas rojas y una sola rosa blanca justo en medio de las otras, y en una pequeña tarjeta escribió: *«De entre todas las flores comunes, tú eres la blanca, la diferente entre todas las demás, la que anhelo descubrir y querer.»*

Entonces caminó hacia las gradas eléctricas, lugar donde habían acordado en encontrarse, y esperó. Miró el reloj y eran las cinco con tres minutos; sintió la impaciencia que todos sienten por ver a la persona que les hace temblar el suelo, cuando en eso, como algo que llega para rescatar la esperanza, empezó a vibrar su teléfono. Contestó y era ella diciéndole que estaba por llegar y le pedía que caminara hacia la entrada. Se apresuró entonces por el pasillo del centro comercial sin detenerse por nada ni por nadie, lo único que le interesaba en ese momento era que ella estaba por llegar, que tenía entre sus manos once rosas rojas y una sola rosa blanca para entregarle junto con una tarjeta

sencilla que expresaba su sentir resumido en veintidós palabras, que la espera estaba a unos segundos de terminar, que debía sonreír cuando la viera a los ojos, hasta que al fin ocurrió. Delilah estaba allí, caminando hacia él y la que sonrió fue ella. Aquel cierto halo que la acompañaba a todas partes le permitió a él entrar nuevamente, y la atmósfera volvió a reducirse a un pequeño espacio el cual ocupaban los dos solamente.

Sin pronunciar palabra alguna, se abrazaron; fue un abrazo largo y suave en el que misteriosamente sus cuerpos encajaban a la perfección. Una anciana de cabellos blancos, la cual iba pasando cerca, los miró con ternura, como reconociendo otros tiempos que habían sido suyos, y sonrió viendo a Edgar a los ojos. Ambos disfrutaron de la calidez mutua, sabían que así habría de ser; y al rozar la piel de sus brazos, hubo una descarga eléctrica de esas como cuando se toca un metal y brota una chispa de energía. Luego de un tiempo terminaron el abrazo y se vieron a los ojos.

—Te extrañé mucho —dijo él, con una soltura que no se esperaba.

—Yo te extrañé más. ¿Por qué tardaste tanto en llegar?

—Yo llegué aquí hace media hora —dijo él.

—No me refiero a eso —contestó rápidamente, y otra vez se acomodó el cabello hacia atrás de su oreja derecha, deslizando sus dedos con delicadeza hasta llegar a las puntas, y lo miró a los labios.

Él también la miró a los labios, pero ella lo tomó de la mano y volvieron a verse a los ojos. Entonces le entregó el ramo de rosas y ella sonrió, leyó la tarjeta y mordió su labio inferior. Esa fue la primera de tantas veces en las cuales habría de sentir cuán única era ella para él. Le dio las gracias y lo abrazó de nuevo.

Caminaron por los pasillos del centro comercial tomados de la mano, pero ninguno de los dos se percató de ello, sentían natural el estar tan cerca. Cada vez que él podía, la observaba con suma atención para no perder ni un solo detalle de su agradable compañía. Los gestos de ella eran como los de alguien que soñaba mucho pero que había vivido poco,

y aunque ella era dos años menor que él, nadie habría de notarlo jamás; simplemente encajaban como mandados a hacer el uno para el otro. Conversaban de todo y de nada a la vez, mientras se acostumbraban a andar juntos, aunque fuera tan natural para ellos, y a tomarse de la mano sin tener que pedir permiso. Eran como dos personajes empezando a escribir una historia nueva, Edgar y Delilah hasta el final de los tiempos. O quizás no.

Durante las tres horas y media en las cuales estuvieron juntos esa tarde y parte de la noche, tuvieron otra vez el mismo sentimiento de pertenencia que habían experimentado el día en que se conocieron. Basta decir que compaginaron muy bien, comieron juntos y tuvieron el tiempo necesario para aclararse cara a cara todas aquellas cosas que habían platicado a distancia. Sin darse cuenta y aunque ninguno de los dos lo quisiera, dieron casi las nueve de la noche y se aproximaba el momento de despedirse en esa ocasión.

—No quisiera que te fueras aún, quiero estar contigo más tiempo. Detesto que las horas se pasen así de rápido —dijo ella, con un semblante de tristeza tierna.

— ¿Puedo llevarte a tu casa? Así tendremos al menos unos minutos más —dijo él, buscando cualquier pretexto para que estuviesen un poco más de tiempo juntos.

— ¡Pero nos vamos caminando! Quiero compartir eso contigo, son apenas tres cuadras.

— «Caminante, no hay camino, se...»

—Tranquilo, Machado —se apresuró ella, sonriente, al tiempo que lo tomaba del brazo—. Ven, acompáñame.

Salieron del centro comercial e hicieron el corto recorrido desde allí hasta la casa de Delilah, yendo a paso lento para disfrutar del fresco de la noche y de las calles que habrían de recorrer juntos tantas veces a partir de ese momento.

Cuando llegaron a la cuadra donde ella vivía, se detuvieron, rodeados por la oscuridad rojiza de las nueve de la noche, y se abrazaron una vez más en silencio durante un par de minutos. En ese momento, Edgar comprendió en su totalidad la pregunta que Delilah le había hecho al encontrarse esa tarde: «¿Por qué tardaste tanto en llegar?» Ello resonó en su mente con el eco de un grito de auxilio que había sido lanzado al viento, quizás por ella o quizás por él, o tal vez por los dos.

—No importa quién de los dos haya tardado tanto en llegar —le susurró al oído—, lo que importa es que estamos aquí, abrazándonos como si no fuera a haber un mañana. Y por si acaso, estoy a punto de preguntarte algo.

Ella lo miró fijamente, suspiró con la complicidad genuina de los enamorados y lo abrazó más fuerte que antes. —Ya ni es necesario que lo preguntes —dijo, con toda seguridad—. Tú y yo sabemos que la respuesta siempre será un sí.

En ese instante, los sonidos cotidianos volvieron a ser a lo lejos aquella sonata que se tocaba exclusivamente para ellos, con todo y sus silencios, a veces largos y a veces cortos, entre cada movimiento. En uno de esos silencios largos, sus miradas se encontraron y tomados de la mano se dieron el primer beso en los labios. Fue breve, aunque con la intensidad exacta. Al apartarse, regresaron al abrazo que tenían juntos, mientras que la sonata lejana llegaba a su fin. Coda para los enamorados. El segundo beso no se hizo esperar, esta vez más prolongado; frágil como los labios de Delilah y vehemente como los de Edgar.

—Me haces muy feliz —susurró ella, con una dulce y apacible voz que alcanzó a tocar el corazón de él.

Quién sabe cuánto duró exactamente aquel episodio. Las manos de ambos estaban heladas al momento en que tuvieron que soltarse. Ella empezó a caminar hacia la puerta de su casa y se dijeron adiós en la corta distancia. Edgar permaneció en el mismo lugar un instante viéndola partir y no se aguantó las ganas; corrió a ella para alcanzarla,

hasta amarrarla en un suave abrazo por la espalda, como traicionando aquel adiós. Entonces la besó una vez más estrechándola contra su cuerpo y se apartó de ella unos segundos después para dejarla ir. Se enamoraron.

—Ahora sí, adiós —le dijo, sonriendo. Delilah sonrió también.

—Te quiero, Edgar.

—Te quiero, Delilah.

Amar es ejercicio, amar es imperfección, amar es compasión. El amor es esa magia que aparece sin pronunciar palabras extrañas, sólo nace porque sí, porque el corazón ha hablado y la mente no lo comprende en ese momento, hasta que ambos reconocen que habitan en el mismo lugar y por lo tanto deben aprender a convivir juntos y a llevarse bien. Cuando eso pasa, la magia evoluciona y nace la ilusión. Duele algunas veces, imposible negarlo, pero todo ser humano tiene cicatrices, cosas que sanaron o que aún deben sanar; pero de una u otra manera, sanarán. Y es que nadie va a la guerra y vuelve sin un solo rasguño.

A partir de ese día, la magia evolucionó para Delilah y para Edgar, y así nació aquella ilusión de ser capaces de cualquier cosa en tanto permanecieran juntos. Un amor que los volvió inseparables e incorruptibles. La vida les sonreía y sentían que podían conquistarlo todo, sus miedos, sus dudas, sus enemigos, sus amigos nuevos, sus conocidos, sus extraños.

Pasaban las tardes estando juntos, cuantas les fuera posible. Al principio se reunían cada vez en el centro comercial de siempre, hasta que llegaban las nueve de la noche y, como ya se mencionó, hacían el mismo recorrido desde allí hasta la casa de Delilah. En una ocasión, caminando siempre a paso lento y abrazados, se prometieron ser todo el tiempo los mejores amigos además de ser novios; de esa manera sentían toda la confianza para contarse cualquier cosa, su pasado, presente y futuro, todo reunido en historias, anhelos, metas y sueños, los cuales

fueron convirtiéndose poco a poco en cosas que compartían, hasta que sus vidas llegaron a ser soledades acompañadas.

Luego de haber transcurrido un poco más de un mes, cuando ya el ambiente navideño era notable en todas partes, Delilah planeó hacerle dos regalos a su novio y mejor amigo, los cuales habría de entregarle el mismo día. Habiendo ella escuchado varias veces hablar a Edgar acerca de sus perros, de cuánto los quería y cómo lo acompañaban todo el tiempo estando en casa, decidió regalarle un perro de peluche de tamaño mediano, narizón y de orejas largas y caídas. De una de sus patas delanteras colgaba una pequeña tarjeta en la cual Delilah había escrito: *«Te amo, con la paz de mis días y la luz de mi vida, te amo.»*

El segundo regalo que ella tenía preparado para Edgar, era llevarlo a su casa para presentarlo a sus padres, cosa que nunca había hecho antes y marcaba todo un acontecimiento importantísimo para todos los involucrados. Delilah había hablado con ellos dos días atrás, contándoles todo acerca de su relación con Edgar, y para hacerles saber que el fin de semana lo traería a casa para que lo conocieran. No hubo mucho que ellos pudieran decir, la noticia los tomó completamente por sorpresa y conociendo perfectamente bien el espíritu libre de su única hija, optaron por permanecer expectantes ante la llegada del primer novio que cruzaría el umbral de la puerta de su casa.

Al encontrarse ese día, ella le entregó el primer regalo y Edgar quedó encantado con la sorpresa, sobre todo por lo que estaba escrito en la tarjeta; pero quedó aún más sorprendido al escucharla decir que esa tarde irían de inmediato hasta su casa, entrarían y tomarían el café de las cinco sentados en la sala, acompañados de sus padres. No había escapatoria.

Similar a la manera en que se habían hecho novios, sin preguntar directamente las cosas, porque todo estaba resuelto de forma intrínseca, no hubo necesidad de los formalismos clásicos de pedir permiso a los padres de Delilah para continuar viéndose, ya fuera allí mismo en la casa o en cualquier otro lugar. Para el alivio de todos los presentes, todo salió muy bien. Edgar se sintió muy cómodo desde el momento en que

se dieron el primer apretón de manos con el padre de Delilah, a pesar de que, mientras se dirigía camino a lo que él pensó sería el momento de más tensión en su vida hasta ese punto, había ensayado en su mente una y otra vez todo tipo de cosas para decir y así lograr una buena primera impresión. Los padres de Delilah vieron en él a un joven educado, respetuoso y apto para ganarse su confianza. Después de una hora y media de conversación, se retiraron al segundo piso cediéndole el espacio a la nueva pareja de novios para culminar con éxito aquella primera visita a su hogar.

A partir de ese día, fueron aún más frecuentes las tardes que pasaban juntos. Edgar también llevó a Delilah a conocer a su familia, que a su vez quedó encantada de conocer a la joven mujer causante de la felicidad extrema que invadía a Edgar desde hacía ya varios días. También la llevó para que conociera a sus perros, los cuales de inmediato la aceptaron con esa percepción única de los animales para sentir lo que las personas llevan dentro.

Estuvieron juntos durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo, alternándose entre los hogares de ambos y una que otra reunión de amigos. En enero ya todas las personas que los conocían los consideraban inseparables, una bonita pareja, un buen equipo y aquello que todos buscan, pero sólo pocos encuentran.

El 14 de febrero, aturridos por tanto comercio debido a la celebración de ese día, prefirieron irse a las afueras de la ciudad para escaparse del bullicio y aprovechar el día, que era soleado y con un azul perfecto en el cielo. Recorrieron aproximadamente unos cincuenta kilómetros de la carretera y giraron a la derecha para tomar un camino de terracería que conducía a una laguna poco frecuentada; al llegar cerca de la orilla, encontraron un pequeño lugar apartado y repleto de árboles, y se sentaron a disfrutar del silencio por unos minutos. El canto de los pájaros acompañaba a su ahora acostumbrada sonata a lo lejos, mientras que el agua de la laguna reflejaba en su quietud la serenidad de aquellas dos soledades acompañadas.

Entre caricias, abrazos, susurros y besos, el tiempo pareció escurrirse de los relojes, como en los cuadros de Dalí. Ya se habían acostumbrado a esa desintegración de las horas cada vez que estaban juntos porque aunque renegaran de ello, jamás hubo nada que pudieran hacer para impedirlo. Al atardecer, el silencio se hizo más profundo, dándoles unos minutos más de calma antes de que regresaran a la ciudad del tiberio.

—Sería increíble si pudiésemos observar el nacimiento de una flor —dijo ella, con su vista fija hacia la laguna—, si tan solo no tardara tanto tiempo en brotar; tal vez así, todos retomariamos la buena costumbre de sembrar vástagos en lugar de piedras.

—Tienes razón. Nunca lo había pensado de esa manera —dijo él.

—Habría más jardines que aceras —añadió ella.

A los pocos segundos, vieron a una mariposa que volaba muy cerca de ellos. Sus alas eran de un color azul marino brillante, con un par de puntos anaranjados en cada extremo. Voló algunos segundos hasta posarse sobre la mano de Delilah, quien permaneció quieta para no ahuyentarla; no fue necesario, porque la mariposa no alzó el vuelo ni siquiera cuando ambos se pusieron de pie para marcharse antes de que anoheciera.

Llegaron al auto y la mariposa seguía sobre la mano de Delilah. Ella sacudió el brazo, pero nada pasó, sólo movió sus alas de manera casi imperceptible, por lo que decidieron llevársela y esperar a que en algún punto del camino retomara su vuelo. Tampoco ocurrió, sino hasta cuando arribaron a la ciudad y se detuvieron para comprar algo de comer; sólo entonces la mariposa salió por la ventana y desapareció entre unos árboles de jacarandá.

Ese episodio quedó para ellos como algo inolvidable, lo cual luego se convirtió en un recuerdo recurrente para ambos cada vez que él besaba las manos de ella. Así de noble es el amor en tiempos de encanto, cuando esa energía sale de uno mismo, la cual inmediatamente regresa del lugar de donde salió, como una extraña realimentación.

Esa noche, después de despedirse de Delilah y antes de regresar a su casa, Edgar quiso pasar unos minutos a la banca del parque, su compañera de soledades, para no perder la costumbre de sentarse allí y pensar en todo cuanto acontecía en su vida. Al llegar, pasó un tiempo mirando al suelo, ensimismado recordando lo que había vivido ese día al lado de su novia. Al cabo de unos minutos, pensó también en otras épocas felices, o simplemente en días a los cuales ya no dedicaba tanto tiempo para recordar. Sin darse cuenta, como una costumbre agradable del pasado, pensó en Kathy, a quien aún recordaba como la niña de cabello claro y piel de vainilla que nunca probó.

El día en que la vio por primera vez, como ya se ha mencionado, él iba manejando su bicicleta; era apenas un niño a punto de entrar en la adolescencia. Era septiembre y aquella tarde parecía no tener nada de extraordinario. Ya se sentía un poco cansado de pedalear, por lo que en aquel momento se paseaba lentamente por uno de los callejones y fue entonces cuando ocurrió. Logró ver a tres personas, las cuales caminaban en sentido contrario a menos de media cuadra de distancia. Dos de ellas, la del centro y la del lado izquierdo desde su perspectiva, eran de cabello oscuro y estatura alta, mientras que la niña del lado derecho tenía cierto parecido físico con sus acompañantes, pero había algo en ella que la hacía sobresalir.

De pronto, sintió que le empezaban a sudar las manos y estuvo a punto de soltar el timón y perder el equilibrio, pero no fue así, sólo

siguió manejando su bicicleta, haciendo su mayor esfuerzo por aparentar que nada ocurría, que ni siquiera había notado la hermosa presencia de aquella niña que se veía más o menos de su misma edad.

Por fin la distancia se hizo corta y pasó a un lado de ellas, encontrándose casi de frente con Kathy. Fueron aproximadamente unos tres segundos en los que disimuladamente le observó el rostro, pero de alguna manera sus ojos tomaron una fotografía, la cual habría de quedar guardada en su memoria hasta el último de sus días.

Edgar continuó su camino hasta llegar al otro extremo del callejón, que comunicaba con una cancha de basquetbol, y permaneció allí por unos minutos mientras pensaba si debía regresar o no. Entonces las vio de nuevo cuando pasaron caminando a un lado de la cancha hasta adentrarse en la siguiente calle; se apresuró hacia la esquina para no perderlas de vista, justo en el momento en que ellas entraban en la tercera casa de esa cuadra. Condujo por el lugar hasta pasar frente a la puerta y llegar a la otra esquina, luego regresó para tratar de ver hacia dentro, pero Kathy no estaba a la vista. Había pasado muchas veces por allí y nunca había visto a nadie salir de esa casa. No sabía si esa tarde habría de verla otra vez, pero por lo menos sabía dónde podría encontrarla desde entonces.

A partir de ese día, esperaba por ella cada tarde para verla pasar, imaginando cómo lograría llegar hasta ella y hablarle, pero cuando pasaba enfrente de Kathy todo se quedaba en pura imaginación. Una de tantas veces, pasó a su lado, se vieron directo a los ojos, ella sonrió, él se paralizó por completo y cuando le fue posible reaccionar, ella ya se había ido. Otro día él iba pasando por el lugar y vio salir de la casa a la mayor de ellas tres; con ella no sintió aquel nerviosismo que lo privaba del habla, por lo que fue y condujo su bicicleta al lado de ella.

— ¿A dónde vamos? —preguntó él, sin más preámbulo.

Ella lo miró con sorpresa, tratando de contener una leve sonrisa. —Vamos a la tienda —contestó amablemente.

Y así fue. La acompañó y de esa forma supo sus nombres, junto con todas las cosas que él se había preguntado todo ese tiempo. Supo sus edades, que Kathy era prima de ellas, y que ya habían notado que él siempre trataba de estar cerca cuando salían de su casa. Antes de despedirse en la puerta, Edgar sacó de su bolsillo la primera carta que habría de enviarle a Kathy, escrita con pésima letra y ortografía, pero con la sinceridad del ilusionado niño de doce años que era, y le pidió a Escarleth que se la entregara.

Pasó el tiempo, dos años, en los que sólo le fue posible enviarle una carta más y la grabación con canciones que lo hacían pensar aún más en ella, mientras que conocía al resto de su familia, a su tío Alexander que en el presente seguía siendo uno de sus mejores amigos, a su abuela Ana que siempre le daba los mejores consejos, y a sus primas, madre y hermanos. Hasta llegar a la mañana en la que se encontraron muy temprano cuando ambos se dirigían hacia el colegio, y un mes después ella habría de mudarse a otro lugar, con lo que él tendría que conformarse con saber muy eventualmente de ella solamente por lo que le contaban de vez en cuando. Y así, la guardó en un lugar apartado en el interior de su ser, para tener su recuerdo y acudir a él cuando necesitara una sonrisa en los días grises, los cuales habían terminado cuando conoció a Delilah.

El saludo de su mejor amigo, Joaquín, lo trajo de vuelta al presente. Se habían conocido hacía ya muchos años y la razón de su fuerte amistad era que Joaquín, siendo un poco mayor en edad que Edgar, siempre tenía las palabras adecuadas en el momento justo en que eran necesarias; y en aquella ocasión, sentados en la banca, no sería la excepción.

Edgar le habló de las cosas en las que estaba pensando antes de que él llegara, de todo lo que recién había experimentado a la orilla de la laguna ese mismo día, y del recuerdo inocente que tenía de Kathy, el cual aún revivía en su mente de vez en cuando.

—A veces las estrellas fugaces llegan para marcar una nueva etapa y devolvernos el gusto por el encanto de lo inesperado, aunque después se marchen y sigan siendo lo que siempre fueron: fugaces —aseveró Joaquín, con la mirada puesta en algún punto neutro de la calle.

— ¿Qué querés decir exactamente con eso de las estrellas fugaces?

—Que cada persona que pasa por tu vida deja una huella. Algunas de esas personas sólo quedarán como recuerdos que siempre estarán ahí para volver a estar con ellas adentro de dimensiones ulteriores, aunque sean nada más que memorias. Casi siempre perdemos demasiado tiempo preocupándonos en qué personas permanecerán con nosotros hasta el final, nos aferramos y cuando llega el momento en que muchos pronuncian el inevitable adiós, flaqueamos. Nunca dejés que eso te pase. Disfrutá de cada instante con las personas que tenés hoy, sin

preocuparte si estarán mañana o no; de cualquier forma, no hay nada que podás hacer al respecto. Cuanto menos esperés de las personas, mucho más te sorprenderán.

Edgar comprendió muy bien lo que Joaquín le decía y le agradeció por sus palabras. Estaba convencido de que no quería perder ni un solo instante de su vida, sobre todo cuando pasaba tiempo con Delilah. Lo invadió una emoción repentina y deseó poder ir a buscarla en ese preciso momento, pero sabía que no era posible. Decidió mantener esa emoción hasta que volviera a estar con ella. Joaquín quiso agregar algo más.

—Es algo muy bueno verte así, Edgar. Tu semblante completo denota felicidad e ilusión —le dijo, mientras lo observaba—. Hablando de ilusión, muchas personas dicen que ilusionarse es peligroso, casi como si ya no estuviera permitido soñar en estos tiempos; pero no hay que ponerles atención. En la vida hay que tomar ciertos riesgos, sin olvidar ser precavidos, por supuesto, o de lo contrario te perderás de muchas sorpresas, entre ellas muchos accidentes de esos agradables como el amor. Para vivir mejor hay que soñar lo suficiente, y aunque algo sea tan solo un sueño, es preferible seguir soñando, porque de los sueños nacen las esperanzas y de las esperanzas se hacen realidad los sueños.

Eran una vez más las palabras adecuadas. Edgar reafirmó todo cuanto venía sintiendo desde noviembre, y si acaso aún existía algún temor oculto, había desaparecido inmediatamente. Tenía todo para ser feliz, porque tenía el amor de una mujer a la cual él percibía como única. Siempre había pensado que no había mayor anhelo con el cual un hombre debería de soñar, que merecer el corazón tierno y sincero de una mujer. Los logros podían ser muchos y las metas alcanzadas, suficientes. Pero el día en que lograra merecer el corazón de una mujer, ese día él habría logrado lo que muchos alcanzan a probar sin ser capaces de conservarlo, pero que pocos obtienen de manera permanente.

Se despidió de su amigo y se retiró para poder llamar por teléfono a Delilah. Ella se alegró mucho al recibir la llamada, porque durante los últimos cincuenta minutos había estado recostada en su cama

recapitulando uno por uno los acogedores recuerdos de ese 14 de febrero, el cual había compartido con Edgar. Aquella conversación telefónica fue extensa como de costumbre, porque se extrañaban demasiado y deseaban poder pasar la mayor parte del tiempo juntos.

Así pasaron los días, compartiendo sentimientos fuertes y profundos. No hubo celos ni presiones, porque sabían con toda certeza que ambos habían decidido ceder y compartir su libertad en lugar de dejarse atrapar en las cárceles imaginarias creadas por inseguridades, temores y cualquier otra trampa obsesiva. Disfrutaban de cada instante de su idilio, tan fantástico, tan de ellos.

Nunca volvieron a visitar la laguna estando juntos, pero de vez en cuando Edgar le llevaba vástagos para que Delilah los sembrara en el jardín de su casa o en cualquier lugar que ella escogiera. Jamás volvieron a ver a la mariposa que los acompañó de regreso a la ciudad, ni a ninguna otra que buscara posarse sobre las benevolentes y perfumadas manos de Delilah. Siempre dijeron que la tibia cosquilla que sentían en el corazón al verse, era aquella mariposa que había optado por vivir en la naturaleza encantada del amor que llevaban dentro. Algunos lo sentían en la panza, ellos lo sentían muy profundo en el centro de su pecho.

Pasaron los meses mientras su amor se hacía cada vez más fuerte. Iban juntos a todas partes y aún visitaban la tienda del centro comercial donde se conocieron, para abastecerse de incienso; buscaban los lugares altos en las afueras de la ciudad para esperar el atardecer y comerse los labios, iluminados por la luz tenue del final de los días y envueltos por la sutil mezcla de aromas entre menta verde, naranja y chocolate. No importaba si habían estado juntos todo el día, cada noche hablaban por teléfono como si tuvieran tanto que contarse después de mucho tiempo, como en la primera semana.

Una de las últimas noches del mes de junio, Delilah se preparaba para dormir, no sin antes esperar la llamada de Edgar. Estando sentada a la orilla de su cama, sostenía entre sus manos las siete tarjetas que su novio le había entregado, todas con fecha del día décimo de cada mes, conmemorando aquella tarde de noviembre porque habían tomado esa fecha como la del inicio de su noviazgo. De pronto, sintió como si alguien la observaba fría y fijamente desde algún punto de su habitación; miró hacia cada esquina entre las cuatro paredes y no encontró a nadie, la cortina de su ventana se encontraba totalmente cerrada al igual que su puerta. No sintió miedo sino más bien inquietud, por lo que prefirió tomar su teléfono y marcar el número de Edgar. En cuanto escuchó el ilusionado «*hola, mi amor*» de su novio, recobró la calma y todo volvió a la normalidad.

Esa noche hablaron un poco más de tiempo que otras veces; aparte de eso, no hubo nada fuera de lo común. Habían pasado toda la tarde y parte de la noche en la casa de ella, cenaron junto a sus padres en la mesa e hicieron planes para viajar en familia a Panajachel el fin de semana, por ser ese el lugar favorito de Delilah entre todos los que había visitado del país. Entre otras cosas, hablaron de hacer un recorrido en lancha por Atitlán antes de la hora del *Xocomil*, y contarle a Edgar la leyenda de la doncella Citlitzin y su enamorado furtivo cuando estuvieran en el lugar.

Conversaron mucho acerca del viaje cuando hablaron por teléfono y ella no aguantó las ganas de contarle a Edgar la leyenda, la cual era una de sus preferidas. Citlitzin era una doncella que cada mañana se bañaba en las aguas de los tres ríos que coincidían en el lugar, antes de que existiese el Lago de Atitlán. Los ríos se enamoraron de la belleza virginal de aquella doncella y esperaban por ella cada día con ansias. Una mañana, en el camino que conducía hacia los ríos, Citlitzin conoció a un plebeyo llamado Tzilmiztli, hijo de un carpintero de la región; cuando sus miradas se cruzaron sintieron una corriente que les recorrió todo el cuerpo y los obligó a no querer separarse nunca. A partir de ese momento, la doncella y el plebeyo se vieron a escondidas para darle paso a un amor clandestino y sin futuro. Los ríos pronto notaron la ausencia de Citlitzin, que ya no los visitaba con la misma frecuencia de antes, por lo que hablaron con el viento pidiéndole que vigilara a la doncella. Cuando el viento les contó acerca de los encuentros furtivos de Citlitzin con Tzilmiztli, los ríos se enfurecieron tanto que los volcanes estallaron al unísono, en solidaridad a su protesta agónica. Entonces planearon, en complicidad con el viento, traer al plebeyo a la orilla de sus aguas para arrastrarlo en la corriente y apartarlo de su doncella. Cuando Citlitzin vio que Tzilmiztli era llevado por las aguas y apartado de su lado, no quiso separarse de él, aun en la muerte, y se lanzó a la corriente para ahogarse junto con él. Al ver esto, la furia de los ríos fue insoportable e hizo que sus corrientes chocaran entre sí hasta inundar todo el lugar. Así decía la leyenda, que fue la manera en que nació el Lago de Atitlán y su eterno acompañante *Xocomil*, el viento de las tardes.

Edgar nunca habría de olvidar esa leyenda y la recordaría palabra por palabra un año después, cuando habría de visitar el lago por su cuenta y dejaría ir en sus aguas una pequeña ofrenda de inciensos, vástagos, fotos, flores, una mariposa de cristal y algunos poemas propios en honor a Delilah.

Antes de terminar la llamada telefónica de aquella noche de finales de junio, hubo un silencio de un minuto más o menos, en el que sólo se escuchaba la respiración de ambos y el sonido de las agujas del reloj de pared de la habitación de ella. Entonces rompieron el silencio antes de despedirse.

— ¿Pensarás en mí? ¿Me extrañarás? —Preguntó ella, con un anhelo que nunca antes había plasmado en algo que sus labios hubiesen pronunciado.

—Todo el tiempo, mi amor, y cada minuto y segundo de su lento paso mientras vuelves —respondió él, sin pensarlo y sintiendo la cosquilla en el centro de su pecho.

Luego de eso, se despidieron igual de amorosos como cada vez y se quedaron dormidos inmediatamente. Sin embargo, esa misma noche Edgar despertó al sentir un viento fresco que soplaba directamente en su nariz, y por el sonido de una lluvia extremadamente fuerte que caía a esa hora. Vio el reloj y eran las 3:29 am.

Sólo dio media vuelta en la cama y se volvió a dormir. A la mañana siguiente esperó el acostumbrado mensaje de buenos días de su novia, pero al no recibirlo pronto, se lo envió él. Pasaron treinta minutos y no hubo respuesta alguna. Entonces decidió llamarla directamente pero tampoco hubo respuesta. Esperó otros quince minutos, tal vez estaría ocupada en algo. Al llamar por segunda vez, Delilah tampoco contestó. Esperó otros diez minutos, luego siguió llamando, pero aún no había respuesta.

Después de muchos intentos de comunicarse al teléfono de ella, de enviarle un par de mensajes preguntándole si se encontraba bien, y de sentir cierta incertidumbre que lo hacía volver a marcar su número, por

fin entró la llamada. El extraño y quebrado «aló» que Edgar escuchó del otro lado del teléfono era del padre de Delilah, mientras que al fondo se escuchaba el llanto desesperado de la madre, ahogado en algo que bien podría ser una almohada o quizás una sábana cubriendo a alguna persona que yacía inerte sobre la cama. De pronto, la voz trémula del padre de su novia atravesó la distancia por teléfono con la fuerza de mil huracanes y el eco inesperado parecido a dos espejos puestos uno frente al otro, con tres palabras que hicieron que Edgar sintiera millones de punzadas de frío en cada uno de sus huesos.

— ¡Delilah está muerta!

Nadie habría ni siquiera imaginado la muerte tan repentina de Delilah, porque eso fue, según el médico que examinó el cuerpo aquella mañana y el forense que realizó la autopsia. Había sufrido una muerte súbita. Sin embargo, no fue posible determinar exactamente el porqué del deceso y se concluyó en que era su momento de partir inevitablemente. No pareció haber sido una muerte dolorosa sino todo lo contrario, por la manera en que la encontraron tendida en la cama.

Esa mañana, los padres de Delilah escucharon que su teléfono repicaba una y otra vez sin parar; al principio no le tomaron importancia, pero luego de cuarenta minutos de lo mismo, presintieron que algo no estaba bien. La madre entró a la habitación para despertarla y así ella pudiera contestar su teléfono, pero esa mañana Delilah no respondería ni al llamado de un nuevo día, ni al llamado de su novio, ni al grito de su madre exclamando «*¡despierta, Delilah, despierta!*», el cual retumbó en cada rincón de la casa.

Estaba sobre la cama y cualquiera hubiese pensado que sólo estaba dormida, de no ser por el color azulado de sus labios y de sus uñas. Tenía una expresión de total tranquilidad en el rostro y la sonrisa que mantenía permanentemente desde que había conocido a Edgar. En su mano derecha aún sostenía las siete tarjetas que su novio le había obsequiado en los meses anteriores, y en su mano izquierda sostenía el teléfono que nunca más habría de contestar. Murió feliz y tranquila, a las 3:29 am, transparente como lo fue cada uno de sus días.

Cuando el padre de Delilah contestó el teléfono y le dio la trágica noticia a Edgar, ambos permanecieron en silencio por unos segundos, los cuales parecieron eternos. Entonces las lágrimas empezaron a correr por el rostro de Edgar sin que se diera cuenta y quiso hablar pero sintió un nudo de insondable soledad e impotencia en la garganta. Sólo escuchó al padre de su novia diciéndole que se fuera inmediatamente para la casa de ellos, y cortó la llamada sin despedirse.

No pudo moverse por un largo rato, hasta que de alguna forma reaccionó, tomó sus llaves y condujo hasta la casa de Delilah. No prestó atención a nada durante todo el recorrido, su subconsciente lo ayudó a llegar sin problemas. Estando allí, encontró una ambulancia y dos patrullas de la policía en la entrada, a varias personas afuera de la casa y las puertas abiertas, por lo que entró directamente y en las gradas se encontró de frente con el médico que acababa de examinar rápidamente a Delilah. Al entrar en la habitación, la vio tendida en la cama y a la madre que aún sollozaba a la par del cuerpo; el padre, quien hasta ese momento había permanecido cerca de la puerta en una especie de estado catatónico, intentó abrazar a Edgar cuando lo vio entrar, pero éste no se detuvo y sólo continuó con la mirada fija hacia la cama donde yacía Delilah sin vida.

Se sentó en la orilla de la cama y sólo entonces se convenció de que todo era cierto, de que su amada había muerto. Ya no había ninguna sonata a lo lejos y el espacio ya no se sentía reducido como antes, todo era como cualquier otro lugar, nada de magia, solamente un vacío interminable. Dejó caer su rostro sobre la mano de Delilah y lloró como nunca antes lo había hecho, como si fuese con la furia de varios ríos y volcanes, deseando que un viento fuerte llegara y se lo llevara al lugar a donde ella se había ido para siempre; con la fatalidad que le provocaba el quedarse solo, sin ella; entregándose por completo al dolor y a la angustia de quien pierde todo de la noche a la mañana. Hasta que tuvieron que sacarlo de la habitación para poder llevarse a Delilah para las últimas diligencias antes de prepararla para el funeral.

A las cinco de la tarde fue llevada al lugar donde sería velada hasta el día siguiente, siendo acompañada de tanta gente y una cantidad exuberante de todo tipo de flores. Edgar llevaba dos horas de estar esperando en la entrada y cuando vio llegar el féretro, corrió para ayudar a cargarlo. A medio camino, cuando volvió la mirada para observar detenidamente el ataúd, notó que justo en el centro alguien había colocado un vástago rodeado de pétalos de rosas y cerca de todo ello estaba una mariposa posada sobre la madera, la cual era casi idéntica a la que habían traído desde la laguna en febrero, si no es que tal vez pudiera ser la misma. Parecía que solamente él podía notarla.

Después de colocar el féretro en su lugar, Edgar se sentó muy cerca y observó a la mariposa fijamente, esperando el momento en que retomara el vuelo. De pronto se movieron sus alas lentamente, como anunciando su partida, y empezó a volar; Edgar se levantó y quiso seguirla hasta donde le fuera posible. La mariposa lo guio hasta la salida de la funeraria, donde había una banca metálica pintada de color verde, y la vio posarse sobre el respaldo de la misma; allí, al observar detenidamente el metal, encontró algo escrito: «*Nada tiene fin. Nadie deja de existir, sólo cambia de forma y de esfera, sólo vuelve a nacer. La vida no tiene fin*». Cuando terminó de leerlo, la mariposa voló otra vez hasta perderse en el cielo, obligando a Edgar a que llevara su mirada al magnífico atardecer en el horizonte y por un instante se sintió igual como cuando esperaba esa hora junto con Delilah.

Nunca se supo quién había colocado aquel vástago rodeado de pétalos de rosas en el centro del ataúd, pero se quedó allí hasta el último momento. Edgar ya no lloró más durante toda la noche y la mañana siguiente, sólo permaneció ausente, ensimismado y taciturno, hundido en una introspección que lo llevó a recordar detalle a detalle todo cuanto había vivido con Delilah en los últimos siete meses, los cuales habían sido más que suficientes para unirlos de una manera tan fuerte y tan profunda.

A las tres de la tarde fue el sepelio, donde todos pudieron despedir por última vez a la joven mujer que había vivido apenas sólo diecinueve

años con once meses. Algunas personas compartieron unas palabras con los presentes, exteriorizando sus condolencias y tratando de hacer un poco más llevadero el día gris que le había tocado a todos vivir con la desaparición física de Delilah Arellano Reyes Santizo. Sin embargo, Edgar no puso atención a nada y permaneció absorto frente al ataúd de su novia todo el tiempo.

Cuando fue puesta en la tierra y cubierta con una alfombra verde, la gente empezó a retirarse del lugar, sólo quedaba la familia y amigos más cercanos. En ese momento, Edgar se sentó en la grama y puso sobre la alfombra un ramo de once rosas rojas y una sola rosa blanca justo en medio de las otras; luego de unos segundos, la ausencia de Delilah volvió a ser insoportable, por lo que inclinó su cabeza y escurrió su alma entera a través de sus ojos. Lloró como si esperara a que se terminaran todas las lágrimas del mundo y no sólo las de él, porque el dolor era demasiado para una sola persona y sentía que ya no le quedaba más espacio para tanto vacío.

Su amigo, Joaquín, esperó un poco para que Edgar pudiera sacar algo de lo mucho que había retenido desde el día anterior. Entonces se acercó, lo ayudó a ponerse de pie y ofreció acompañarlo hasta su casa. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra en todo el camino, no había nada que decir, el silencio era más necesario.

Al llegar a casa, Edgar fue directamente a su habitación sin importarle en lo absoluto que su familia entera se encontrara reunida en la sala esperándolo para mostrarle todo el apoyo necesario. Cerró la puerta, se tiró boca abajo en su cama, dejó caer los zapatos y se quedó profundamente dormido.

Durante tres días consecutivos y sin descanso lloró Edgar a Delilah. Cada vez que se quedaba dormido esperaba no volver a despertar, pero siempre volvía a abrir los ojos. Sus familiares se turnaban para acercarse a su puerta cada cierto tiempo para escuchar al menos algún ruido adentro de la habitación y sólo percibieron el llanto imparable cada una de las veces. El dolor era inmenso, la soledad se sentía tan profunda, los días habían perdido los colores, Edgar había perdido lo que más amaba en la vida.

Al cuarto día, en algún momento de la tarde, alguien empujó la puerta y entró. Joaquín había llegado, a solicitud de la familia de Edgar, para apoyarlo y tratar de hacerlo salir de su habitación. Estando adentro, sintió el fuerte olor a menta verde y notó las cenizas de incienso esparcidas por todas partes, hasta sobre los platos de comida que la madre de Edgar había dejado cada cierto tiempo pero que aún estaban intactos y empezando a descomponerse. Toda la atmósfera de la habitación era lúgubre y en la esquina de la cama estaba sentado un Edgar irreconocible, pálido, deshidratado, vistiendo aún la misma ropa

que llevaba puesta en el entierro, con la mirada vacía y las manos temblorosas.

La única luminosidad notable era la proveniente de la pantalla de la computadora, la cual reproducía una y otra vez las fotos de Delilah; las que se tomaron cuando se veían en el centro comercial y también en la calle caminando hacia la casa de ella, las de las fiestas de fin de año, las de enero, las de la tarde que estuvieron en la laguna, las que le tomaron a la mariposa, las de los atardeceres de abril y mayo, las de las flores que habían brotado de algunos de los vástagos que él le había llevado a ella para que sembrara en todas partes, las de las salidas al cine y a comer, y la última que se habían tomado juntos la misma noche en que Delilah habría de partir, estando él sentado en el sofá tratando de limpiar la gaseosa que habían derramado después de un beso prolongado y ella estando de pie viendo directamente a la cámara con esa gran sonrisa que ponía cada vez que hacía alguna travesura.

Después de varios minutos en que ambos permanecieron en silencio, por fin Edgar se movió sólo para voltearse y que su amigo no pudiera verle el rostro.

—Déjame solo, por favor —dijo Edgar, al tiempo que se cambiaba de lugar—. Sólo dejé que entren mis perros, más tarde abriré la puerta para que salgan.

—No es bueno que estés solo, pero si aún no te sentís bien para hablar, te entiendo. Sólo vine a ver si te podía ayudar en algo o si tal vez querías salir a caminar para despejar la mente —dijo Joaquín.

—En alguna parte una vez leí que los perros son sabios, porque cuando algo los ha lastimado, buscan un rincón apartado y se echan a lamer sus heridas, y no salen de allí hasta que han sanado. Eso hago —aseveró Edgar, con la mirada fija viendo al piso.

—Está bien —asintió Joaquín—, en la búsqueda de la felicidad regularmente se pasa por paraísos e infiernos, por así decirlo, para valorar lo dulce después de soportar lo amargo, la luz después de la oscuridad, el principio después del fin. A veces las cosas deben tocar

fondo para darse cuenta de que después de allí no hay otro camino más que ir hacia arriba y salir a la superficie.

Habiendo dicho eso, hubo unos segundos de silencio nuevamente y luego Joaquín se despidió. Al salir, dejó entrar a los perros de Edgar a la habitación y se fue. En ese instante, después de saludar a sus perros, el dolido y herido novio de Delilah cayó de rodillas en el piso y volvió a escurrir su alma entera a través de sus ojos, con un llanto silencioso que empujaba los gritos hacia dentro en lugar de ser al contrario. Por un minuto olvidó quién era, cómo se llamaba o cómo lo llamaban las demás personas, olvidó sus gustos y la edad que tenía, olvidó que había existido un mundo antes de Delilah, se olvidó de todo y se hundió en su llanto desesperado.

Mientras tanto, sus perros permanecían cerca de él y lo observaban para luego acercarse y lamer los brazos y manos de su amo. Luego de varios intentos fallidos de captar la atención de Edgar, se alejaron hacia una esquina de la habitación y comenzaron a aullar, haciendo algunas pausas para voltear a ver al humano que se arrastraba en el piso como animal herido, y luego seguían aullando.

Cuando las lágrimas de Edgar parecieron extinguirse, levantó la mirada y los perros dejaron de aullar. Los llamó por sus nombres y cuando se acercaron, notó que efectivamente corrían lágrimas que humedecían el pelo de sus rostros. Los abrazó fuertemente y se puso de pie para jugar con ellos; inmediatamente sacudieron sus colas y cambiaron de ánimo junto con él.

Nunca había tenido razón alguna para tomarse el tiempo y meditar acerca de si los perros podían llorar, hasta esa noche en que los suyos lo habían acompañado en su dolor y al parecer habían compartido su pena también. Al menos pensar en eso lo hacía distraer su mente en algo diferente que no fuera la pérdida que recién había experimentado, lo cual era lo único que habitaba en su mente desde entonces. El asunto era que esa noche se había dado cuenta de que definitivamente los animales compartían con los humanos muchos más rasgos y características, contrario a lo que la mayoría pensaba, creía y aceptaba. Después de

todo, si los perros mostraban alegría, temor y fidelidad, ¿por qué no habrían de sentir empatía y llorar?

Sin darse cuenta, se encontró a si mismo sentado frente a la ventana. Una lluvia repentina bañaba todo afuera, como si el cielo también se hubiese unido a él y a sus perros. En el jardín observó algunos de los vástagos que Delilah había sembrado también allí, y creyó ver una flor brotar de uno de ellos en tan solo unos segundos, pero sólo había sido el efecto visual creado por las gotas de lluvia que caían por el vidrio de la ventana, el cual mezclaba una de las flores con uno de los vástagos y ello hacía parecer como si estuviera brotando en ese instante. De cualquier manera, Edgar decidió creer que el deseo de Delilah se había cumplido ante sus ojos, aquel que había exteriorizado a la orilla de la laguna, y sintió infinidad de cosas por dentro. Entonces volvió la mirada al cielo, el cual escurría todo el oxígeno cuajado posible, gelatina de aire convertido en imparables gotas frías, y le preguntó:

—Y tú, ¿por quién lloras?

La única respuesta que obtuvo del cielo fue un lejano relámpago seguido por un trueno dos segundos después. En ese momento, lo invadió la nostalgia por sentir deseos de hablar una vez más con Delilah, llamarla por teléfono o salir a buscarla; pero ella ya no estaba en ningún lugar. Sintió deseos de salir por fin de su habitación al día siguiente, sólo para dirigirse al cementerio y llevarle flores a su novia. Pensó que como no le era posible conversar con ella, al menos le escribiría una carta y se la dejaría junto con las flores esperando que de alguna manera pudiera leerla. Así que, acompañado de sus perros, sentado frente a la ventana, con el sonido de la lluvia afuera y los espejismos de vástagos y flores en la ventana, le escribió una carta a su amada.

«Hoy, una flor nació ante mis ojos enterneciendo mi corazón. Los ríos crecen, el mar susurra dolor y vejez, el cielo se vuelve espacio para las aves que buscan su hogar; de todo pasa, pero tu corazón no está conmigo.»

Mis pies adoloridos de tanto buscarte, de tanto perseguir tus huellas en la nieve de mi triste y azul destino, pero aun así no te encuentro, sólo te sueño.

Me duele el centro del alma por haberte perdido.

La lluvia bañó aquella flor con sus lágrimas fingidas, los volcanes estallan de furia... Mis perros también te lloran; y una mariposa vuela perdida en medio de la ciudad capital.

Los ríos son mis lágrimas que alimentan el mar, de todo pasa, pero tu corazón no está conmigo. ¡Quiero despertar!»

Esa era la carta que escribió para Delilah. Al día siguiente salió para el cementerio en la mañana y planeó pasar el resto del día allí. Antes de llegar, pasó comprando el ramo de once rosas rojas y una rosa blanca que siempre le había dado, y esta vez escribió en una pequeña tarjeta: *«De entre todas las flores comunes, tú siempre serás la blanca, la diferente entre todas las demás, la que pude descubrir y querer.»*

Cuando llegó al lugar donde había sido sepultada su novia, encontró ya puesta la lápida de color verde oscuro y letras doradas con el nombre de ella y las fechas correspondientes. Eso era todo. Entonces se sentó en la grama, a un lado de la piedra, y colocó el ramo de flores sobre la

misma; luego tomó la carta, la leyó en voz alta y después la dobló lo más pequeña posible para dejarla incrustada entre la tierra y la orilla de la piedra.

Estuvo todo el día allí, tiempo en el cual le hablaba de todo, lloraba por momentos y recordaba una y otra vez cada uno de los días que habían pasado juntos. Varias veces miró al cielo con algo de rabia en la mirada, pero no se atrevió a reprochar nada. Al final de cuentas la vida era así, vivir para morir y morir para vivir en otra esfera. Delilah nunca habría de irse del todo, mientras su recuerdo permaneciese intacto en la memoria de Edgar, y así fue justamente. Antes de irse, volvió a acomodar el ramo de rosas y revisó que la carta estuviese segura para que permaneciera en la tierra, y por ese día quiso decirle una última cosa.

—Extrañarte es verte en mis sueños, es andar en solitario rogándole al cielo que cada paso me acerque más a ti. Es sentir que el mundo no funciona, que el aire es un intruso al cual expulso en suspiros; es sentir que el viento arrastra las hojas muertas de los árboles por no arrastrar mi existencia desintegrada por tu ausencia. Extrañarte es pedirle al vacío que se llene contigo, es esperar que tu mirada vuelva a traer amaneceres y por fin se acabe esta noche eterna, en que por extrañarte te pinto con letras y te pienso en azul. Extrañarte es estar seguro de que volverás pronto, aunque en realidad nunca lo harás.

Las lágrimas fueron inevitables. Nunca la había extrañado tanto porque no pensó extrañarla nunca, y es que jamás se le habría cruzado por la mente la idea de que un día, así sin más, ya no volvería a verla y a estar con ella.

Al darse vuelta para retirarse del lugar, vio que se acercaban los padres de Delilah. Cuando estuvieron los tres de frente, sobraron las palabras, solamente se fundieron en un fuerte abrazo y lloraron juntos una vez más.

Se requiere tiempo para crecer, para progresar, para esperar, para envejecer. Pero para amar, un suspiro es suficiente. Los relojes son para cosas de este mundo, pero el amor no es de este lugar. Tiempo al tiempo; al amor, un suspiro. Siempre que el mundo gire, volverá el sol. Las vanas circunstancias, el afán por un nuevo día, las penas sobredimensionadas por suposiciones innecesarias, el dolor propio y el ajeno, los días tristes, la soledad de extrañar, el cruel pero saludable olvido, todo pasará al encontrarse con un nuevo vestigio de luz en la vida. Siempre que el mundo gire, volverá el sol. La ingeniería celeste nunca falla.

Los días pasaron y el tiempo se fue encargando de sanar las heridas poco a poco. Por un par de semanas fue difícil para Edgar levantarse en las mañanas, porque no lograba recobrar el ánimo y en cambio el dolor de la soledad que sentía lo dominaba al punto de cederle sus días a la amarga oscuridad de su habitación y de su mundo inmediato. Pero el apoyo de las personas más cercanas a él le ayudó mucho, hasta que poco a poco fue volviendo todo a su lugar.

Sin embargo, los recuerdos seguían intactos y algunas cosas nunca dejaron de doler: el tiempo perdido, las cosas que ya no se dijeron, los besos que ya no fueron, la muerte de Delilah y toda la vida que quedó sin ella, entre muchas otras cosas. Pero el ciclo debía continuar, la espiral de la existencia tenía que seguir dando vueltas y el sol habría de salir nuevamente.

Edgar siguió visitando el cementerio casi todos los días, y cada vez llevaba la misma clase de arreglo de rosas, once rojas y una blanca; también siguió llevándole cartas, las cuales escribía en las noches antes de dormir. El resto del tiempo lo dedicaba a lamer sus heridas en algún rincón apartado, por eso visitaba más frecuentemente la banca del parque, aquel lugar que había sido escenario de sus mejores soliloquios, compañero de soledades durante muchos años.

Fue entonces cuando, después de haber pasado toda la tarde llevando flores y cartas al cementerio, decidió ir a sentarse a la banca antes de volver a su casa y la noche inspiraba a la nostalgia un poco más que de costumbre. Eran más de las nueve y no había tanta gente en la calle, solamente una pareja de novios intentando sincronizar sus pasos, tomados de la mano y sonriendo, el vecino que salía a correr todas las noches y un par de perros mestizos sin dueño merodeando en busca de algo para comer.

«El amor es autodestrucción», pensó Edgar, estando allí sentado viendo a la gente pasar.

«Pareciera que no hay paz para el que ama sin egoísmo», añadió a sus pensamientos.

«El orgullo también es autodestrucción», agregó en su mente.

«La soledad es autodestrucción total», concluyó Edgar.

Mientras que derramaba sus tibias y saladas lágrimas sobre la banca del parque, viendo directamente al cielo despejado de aquella noche, de alguna extraña y totalmente oportuna manera, Edgar alcanzó un poco de claridad después de ya varias semanas de duelo. Entendió que su dolor no era causado por abandono o algo parecido, sino por algo del destino, si es que acaso existía tal cosa. La relación que había tenido la enorme dicha de cultivar junto con Delilah seguía intacta, tan pura y maravillosa como lo había sido todo el tiempo mientras duró. Nada había terminado por faltas o errores que alguno de los dos hubiese cometido, simplemente terminó porque ella era tan distinta a todo lo relacionado con este mundo, que había tenido que marcharse temprano.

Sólo entonces se dio cuenta realmente de cuán increíble había sido Delilah. Una mujer que en tan solo diecinueve años había alcanzado todo lo que la vida demandaba y debido a ello no necesitó más tiempo para pasar al siguiente nivel; una mujer que hacía brillar cualquier espacio con su mirada; una mujer que había hecho a un hombre el más feliz de todos; una mujer que nunca le causó daño alguno a nadie; una mujer que encontró el amor, lo vivió y después lo utilizó para inspirar a su novio a ser un mejor hombre, aun después de haber partido de este mundo; una mujer que hacía que caminar fuera la cosa más esperada del día; una mujer que sonrió hasta su último aliento. En síntesis, una mujer tan única e inolvidable.

Al entender a plenitud todo aquello, por fin volvió a sonreír y recobró de repente las ganas de ponerse de pie frente a la vida y vivir el *carpe diem* que le era tan necesario. Algo muy adentro de su ser le decía que eso era lo que Delilah deseaba para él, por lo que se prometió a si mismo que haría todo lo que estuviera en sus manos para permanecer así desde ese momento.

Estaba a punto de levantarse de la banca para volver a su casa con el ánimo un poco más relajado y una perspectiva mucho más positiva, cuando vio pasar un auto frente a él. Inmediatamente notó en el asiento del copiloto a una mujer que tenía una mirada y una sonrisa la cual Edgar sólo había visto en una persona antes: en Kathy. Era ella. Seguía siendo la misma tal y como él la recordaba. Tres segundos después ella ya estaba fuera de la vista de Edgar otra vez. Algunos días después, él habría de enterarse de que ella sólo había estado brevemente de visita para entregar algunas invitaciones a su boda, la cual se estaría celebrando en los próximos meses.

Luego de haber visto a Kathy pasar por allí después de tantos años, se quedó un instante más en la banca y comprendió que ella siempre sería una de aquellas estrellas fugaces de las cuales Joaquín le había hablado en alguna ocasión. Acorde a lo que su amigo le había dicho, a veces las estrellas fugaces llegaban para marcar una nueva etapa y devolvernos el gusto por el encanto de lo inesperado. Viéndolo de esa manera, entonces

era el momento justo para que Kathy apareciera por unos segundos en la perspectiva de Edgar, abriéndole paso a algo nuevo e inesperado.

Aquella noche marcaría un nuevo comienzo, una oportunidad más para alcanzar la felicidad, aun cuando no tuviera la más mínima idea de cómo hacerlo o de qué esperar de la vida. Kathy contraería matrimonio en unos meses, Delilah había partido a donde no la podía acompañar aún, y él era un vaso vacío que no tenía otra mejor opción más que estar listo para llenarse de nuevo.

Muchas cosas ocurrirían a través de los años, nuevas historias, otras personas, otros amores y otras soledades, pero Kathy se quedaría siempre guardada en un lugar apartado en su interior como algo de lo más memorable para él; y Delilah permanecería para siempre en el firmamento como una estrella fugaz diferente, maravillosa, inolvidable y única. Después de todo, sólo quedaba una cosa por hacer: esperar. Y también una cosa por descartar: rendirse. Sólo el amor te hace sentir vivo.